

TEORÍA DE LAS CONSTELACIONES LITERARIAS. GIMÉNEZ CABALLERO, ANALISTA DEL CAMPO INTELECTUAL ESPAÑOL

THEORY OF LITERARY CONSTELLATIONS. GIMÉNEZ CABALLERO,
ANALYST OF THE SPANISH INTELLECTUAL FIELD

Bernat PADRÓ NIETO

Universitat de Barcelona

bernatpadro@ub.edu

Resumen: Ernesto Giménez Caballero compaginó entre 1925 y 1927 la escritura de reseñas para *El Sol* con la creación de carteles literarios. Uno de ellos, titulado «Universo de la literatura española contemporánea», representa el campo intelectual español bajo la imagen de un universo constelado. Este cartel, que cabe interpretar como una operación crítica, constituye toda una teoría de la literatura de finales de los años veinte del siglo pasado, una propuesta alternativa a la periodización a la que la historiografía literaria nos tiene acostumbrados.

Palabras clave: Carteles literarios, Revistas culturales, Años veinte, Formaciones intelectuales, Generación.

Abstract: From 1925 to 1927 Ernesto Giménez Caballero combined writing reviews for *El Sol* with the creation of literary posters. One of them, entitled «Universe of contemporary Spanish literature», represents the Spanish intellectual field as the image of a constellated universe. This poster, which can be interpreted as a critical operation, constitutes a complete theory of literature from the late twenties of the last century, an alternative proposal to the customary historiographic periodization.

Key Words: Literary Posters, Cultural magazines, Twenties, Intellectual Formations, Generation.

Pórtico

Desde la celebración del primer Seminario de Pensamiento Literario Español del Siglo XX, hace exactamente quince años, han sido muchos los escritores españoles estudiados. Prueba de ello son los siete volúmenes publicados hasta ahora por el equipo de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza dirigido de forma modélica por Túa Blesa. Como homenaje a su persona, a su trayectoria y a los espacios de diálogo intelectual que propició –en los que tuve el honor de participar– me propongo añadir un caso más de estudio, con el anhelo de mantener vivo el espíritu del Grupo de Investigaciones Culturales Tropelías.

El caso que me ocupará es el de Ernesto Giménez Caballero, una figura incómoda, pero sin la cual no se puede entender el dinamismo que experimentó el campo intelectual español de los años veinte y treinta del siglo pasado. Me centraré en la práctica crítica desarrollada entre 1925 y 1928, que supo sintetizar de forma extraordinaria en su «Carteles literarios». De entre ellos, me quedaré con el que tituló «Universo de la literatura española contemporánea». Se publicó por primera vez a principios de 1927 en el libro *Carteles*, que reunía su obra cartelista y sus reseñas en *El Sol*, y se exhibió como mínimo en dos ocasiones. La primera fue en 1927, en la sede de Ediciones Inchausti, de Madrid. La segunda, en Barcelona, al año siguiente, en las Galerías Dalmau¹. Gustavo Gili –al que se dedica uno de los carteles– adquirió toda la colección. Según Soria Olmedo no se conserva el original (2010: 33), pero puede encontrarse su reproducción en el número 14 de *La Gaceta Literaria*, de 15 de julio de 1927.

«Universo de la literatura española contemporánea» es quizá de todos los carteles el más convencional, ya que consiste apenas en un dibujo y no presenta la audacia formal de los demás, cuyos procedimientos la crítica ha llegado a emparentar con el collage de Picasso y Braque o el *Merz* de Kurt Schwitters. Se trata sin embargo de un documento excepcional, que presenta una instantánea del estado del campo intelectual español de 1927, un «mapa estelar de la actualidad literaria según novísimo telescopio madrileño», en palabras del crítico catalán Josep Maria de Sucre (1928: 2). Su perspectiva desafía la visión hegemónica de la filología: no periodiza, sino que ofrece un corte sincrónico; no establece una distinción neta entre poetas, narradores, periodistas, historiadores y académicos; tampoco aglutina los nombres en las casillas historiográficas llamadas «generación». Sin embargo el cartel obedece a una idea de lo que es la literatura, de cuál es su funcionamiento, de quienes son sus agentes. Por ello podemos decir que «Universo de la literatura española contemporánea» constituye una teoría de la literatura de finales de los años veinte del siglo pasado.

¹ Desconozco si formó parte del conjunto expuesto a mediados de 1929 en Hannover y en Dessau (Perán 1994: 11 y 19n).

El cartel como forma de crítica

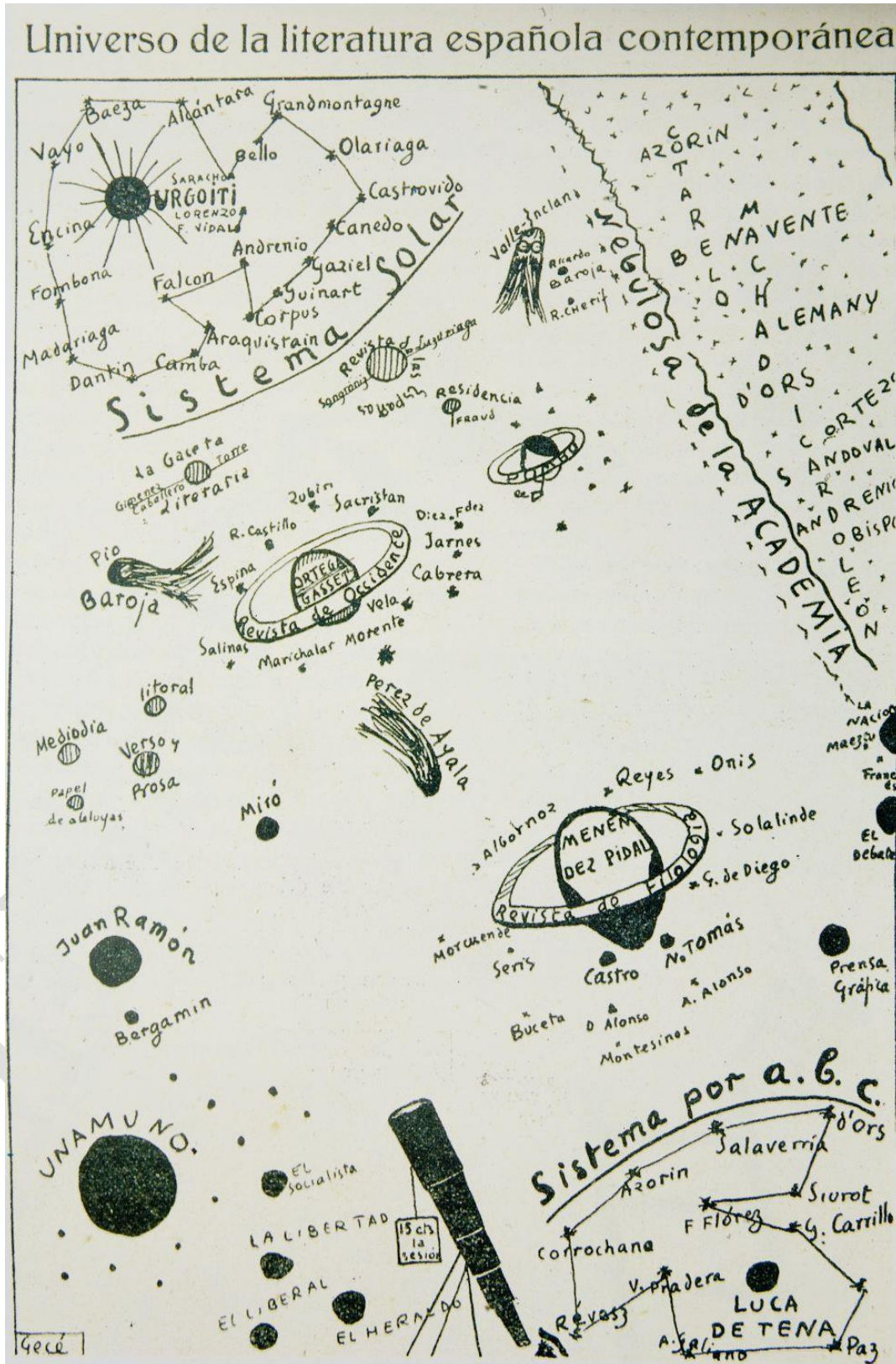
Es imprescindible vincular la génesis del «Universo de la literatura española contemporánea» con la actividad crítica que Giménez Caballero inició en 1924 en *El Sol*, donde se hizo cargo de dos secciones, las «Visitas literarias» y la «Revista de libros», orientadas a presentar al gran público tanto novedades bibliográficas como autores destacados. El reto que se propuso fue renovar el género de la reseña, que adolecía de un anquilosamiento del que lo sacó Gecé –el pseudónimo que eligió para ello– mediante una actitud lúdica:

Gecé escribe reseñas en forma de piezas musicales, de diálogos dramatizados, de cartas personales a los autores de los libros que recibe; escribe reseñas de libros que no ha leído, de sus propios libros, y muchas veces no habla más que mínimamente del libro que tiene sobre la mesa, aprovechándolo, más bien, para presentar alguna reflexión puramente personal, más creativa que crítica, y no poco estrambótica a veces. / A medida que va ensayando estas diversas innovaciones [...] va formando un nuevo concepto del deber del reseñador que ya, en julio de 1925, define del modo siguiente: «subrayar y desmenuzar con colores fuertes, como un cartelista, productos concretos, lirondos, mercantiles» [*El Sol*, 7 de julio de 1925] (Dennis 1997: 364).

La conciencia de la dimensión comercial de la reseña habilita su proximidad con el anuncio y el cartel. A finales de 1927 llega a afirmar que su propósito en la prensa no ha sido otro que reseñar libros «con incitaciones cromáticas, jazzbándicas. Con procedimiento de cartelista» (1927a: 2). Giménez Caballero llevó este propósito hasta sus últimas consecuencias al crear una serie de carteles literarios paralelamente a su escritura en la prensa. Al fin y al cabo, como escribió en el prólogo a *Carteles*, sus reseñas aparecían «en una segunda plana, en un rincón, casi en forma de anuncio, escalonadas sus galeradas, entrefiletadas por reclamos de índole heterogénea» (*apud.* Dennis 1997: 364). De este modo, hay que pensar los «Carteles literarios» y sus reseñas en *El Sol* como un mismo proyecto crítico. Ambas series llevaban la misma firma: Gecé, hecha con las iniciales de sus apellidos; ambas fueron publicadas en un mismo libro: *Carteles* de 1927. Por todo ello, hay que considerar los carteles como una variante del género de la crítica. Su creación se debe a la insuficiencia de los juegos verbales llevados a cabo en las reseñas publicadas en *El Sol* para la renovación del género. Es probable que Giménez Caballero hubiera advertido, como Walter Benjamin, que las verdaderas revoluciones no pueden darse en instituciones culturales consolidadas (Benjamin 1934). Por audaces o extravagantes que fueran los textos de Gecé, su alcance quedaba limitado por la inercia cultural de su soporte: la prensa generalista. La renovación del género de la crítica debía pasar por una reflexión sobre su situación en los medios de producción. Sin un trabajo sobre el formato, sin una ruptura con la tradición formal de la reseña, sin cierta independencia respecto a los modos de circulación y recepción de la prensa generalista, toda desautomatización del género sería prácticamente irrelevante. La única forma de sustraerse a esas dinámicas era convirtiéndose en productor de sus propias reseñas y modificar el régimen social y estético de su recepción.

Para tal propósito Gecé tomó elementos de varios ámbitos de la vida moderna: de la esfera pública, el discurso crítico; de la publicidad comercial, el cartel como formato; del arte de vanguardia, las técnicas del montaje y la yuxtaposición; de la poesía moderna, las palabras en libertad futuristas y la dimensión visual de los caligramas. Antonio Espina supo ver ese sincretismo en su reseña a la

exposición de Dalmau: «El género que Ernesto Giménez Caballero, “Gecé” [...] ha inventado y bautizado con el nombre de “carteles literarios” no se parece a nada. Es una mezcla de literatura y plasticidad, de anuncio y biografía, de banderola y aleluya, de luz y de pregón, públicamente, expresivamente moderno» (Espina 1928: 5).



Una lectura del Universo

Por heterodoxo que parezca, el cartel «Universo de la literatura española contemporánea» debe considerarse una obra de crítica, el equivalente sintético y visual de un artículo dedicado a la literatura contemporánea. Se trata de una representación alegórica de un campo intelectual que en los años veinte fue muy dinámico, dibujado como una galaxia en la que los distintos agentes aparecen como cuerpos siderales articulados en constelaciones. El tropo es preciso, porque el corporativismo es sin duda el rasgo característico de los intelectuales nacidos en la década de 1880 y que a la altura de 1927 han llegado a su madurez. A diferencia de sus mayores, aquellos que la historiografía dominante llama «Generación de 1898», cuyos proyectos literarios fueron individuales y no se vincularon con una publicación en concreto, este nuevo tipo de intelectual «se entiende a sí mismo como parte de una minoría selecta, que se reúne en ligas, publica en revistas y forma como una especie de constelación que utiliza un periódico determinado como instrumento de pedagogía social» (Juliá 2002: 201). En el cartel no se nos da una nómina ni una jerarquía, sino un conjunto de agrupaciones. El valor de sus elementos no es intrínseco sino relacional: su posición en el cartel, su tamaño y vecindad tienen valor informativo. Procedamos a su lectura.

Por su importancia estructural, comenzaremos por las grandes corporaciones de la prensa nacional. En libro de 1927 Gecé incluyó un cartel titulado «La prensa de un país. La madrileña», en el que un ojo observa a través de un espectroscopio la refracción de la luz, representada en una especie de abanico cuyas hojas de colores llevan el nombre de las distintas cabeceras de Madrid. Los rotativos aparecen ordenados por su orientación política, desde los más revolucionarios a los más reaccionarios, pasando por los liberales y los conservadores. En el «Universo de la literatura española contemporánea», en cambio, solo aparece una selección de ellos, dominada por las dos grandes constelaciones que polarizan el universo: «El sistema Solar», la galaxia del empresario Nicolás María de Urgoiti, propietario del periódico liberal *El Sol*, por un lado; y el «Sistema por a. b. c.», dominado por Torcuato Luca de Tena, dueño del Grupo Prensa Española, editora del diario *ABC*, de carácter conservador. Se trata de los dos principales lobbies empresariales de la prensa española del momento. En torno a ambos orbita la mayoría de intelectuales del cartel.

El periódico *ABC*, aparecido primero como semanario en 1903 y convertido en diario en 1905, supuso una revolución en el campo de la prensa. Participó activamente en el cambio de paradigma del sector: de pequeños periódicos vinculados a partidos políticos y de producción prácticamente artesanal se pasó a una verdadera industria de la comunicación. El formato de los rotativos se modificó: aumentaron las páginas, se diversificaron los contenidos organizados en secciones y se añadieron fotografías. Los periódicos dispusieron de material propio de impresión, tuvieron a su servicio personal cualificado cada vez mejor pagado, pero lo que los distinguió sustancialmente del antiguo modelo de prensa fue su preocupación por la rentabilidad. Estos periódicos «pertenecen en efecto a otra lógica: lo político, por importante que sea, tiene que compaginarse con lo económico, pues así lo exige la importancia de los capitales que se invierten» (Desvois 2002: 192). Este fue el caso de *ABC*, cuya aparición supuso un duro impacto en el mercado de la prensa por el rápido incremento de sus tiradas.

En la esquina opuesta encontramos *El Sol*, que había sido fundado en 1917 por Ortega y Gasset con la financiación de Urgoiti y la colaboración de la redacción dimisionaria de *El Imparcial*. Durante la dictadura de Primo de Rivera, Urgoiti se centró en sus negocios editoriales y periodísticos. En 1918 había fundado la Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones (CALPE), buscando la renovación del mundo editorial español. Urgoiti había erigido así toda una galaxia: «Una gran empresa papelera, un periódico, una editorial y unos colaboradores fijos: comienza así a fraguar lo que Giménez Caballero dibujó en los últimos años de la dictadura como constelaciones de intelectuales en torno a grandes medios de comunicación» (Juliá 2002: 208). Las sinergias entre el periódico y la editorial fueron muy fuertes. El núcleo duro de *El Sol* se hacía cargo de las distintas secciones de la editorial. La mayoría de reseñas que Giménez Caballero escribió para ese periódico eran precisamente de CALPE, que a su vez publicó sus *Carteles*. Tanto la editorial como el periódico se consolidaron más lentamente de lo previsto. Sin embargo, «su influencia fue muy grande; su efecto más significativo fue la dilatación de las minorías cultivadas; creo que *El Sol* fue el instrumento mediante el cual se pasó de los pequeños grupos interesados por las ideas, la literatura y el arte, que antes existían, a fracciones bastante amplias del cuerpo social» (Marías 1996: 64).

A izquierda y derecha del «Sistema por a. b. c.» encontramos una selección de la prensa del momento. A un lado hay cuatro planetas del sector republicano de izquierdas: en la parte inferior, los dos principales periódicos de la Sociedad Editora Universal, *El Liberal* (1879-1939) y *El Heraldo de Madrid* (1890-1939); encima de ellos, *La Libertad* (1919-1939) y *El Socialista* (1886-1939), diario del Partido Socialista Obrero Español. Al otro lado del «Sistema por a. b. c.» aparecen los diarios *La Nación* (1925-1936), financiado por la dictadura de Primo de Rivera, y el católico *El Debate* (1910-1936), que representan el sector más conservador de la prensa. Algunas coordenadas del mapa estelar de Gecé no están demasiado desarrolladas, pero no pueden faltar. Es el caso del planeta «Prensa Gráfica», grupo empresarial bajo la órbita de Urgoiti.

En otra esquina encontramos, como coordenada poderosa y sin embargo difusa, la nebulosa de la Academia. En su interior figuran algunos nombres. Los más veteranos, como Jacinto Benavente, José Alemany, Carlos María Cotterzo, Ricardo León y Emilio Cotarelo, secretario perpetuo desde 1913, habían sido elegidos las dos décadas anteriores. De entre los ingresados en los años veinte encontramos a Manuel de Sandoval, Eduardo Gómez de Barquero (*Andrenio*), José Martínez Ruiz (*Azorín*), y los recientemente electos Antonio Machado y Eugenio d'Ors. Algunos ocupan varias posiciones a la vez: Eugenio d'Ors y *Azorín* están también en *ABC*, *Andrenio* participa del «Sistema solar». Esto es interesante porque refuerza la lectura de que Gecé está representando no un conjunto de nombres sino de funciones que se ejercen en el campo intelectual.

Si la nebulosa de la Academia representa el reconocimiento oficial, en la esquina opuesta aparece Miguel de Unamuno, que es muy grande, y está solo. En ese momento se encontraba exiliado en Hendaya debido a su oposición a la dictadura y la monarquía. A pesar de ello era sin ninguna duda el intelectual de mayor prestigio del momento:

El confinamiento en Fuerteventura y la expatriación en Francia dieron a su figura y voz una categoría histórica excepcional: por vez primera en la historia de España un disidente era la personalidad intelectual

más respetada por la gran mayoría de compatriotas. Se convirtió así Unamuno en el paradigma internacional del intelectual expatriado que se constituye en representante auténtico de su país y cultura (Marichal 1990: 12).

La parte central del cartel está ocupada por revistas culturales o por grandes personalidades. Hay dos que sobresalen: *Revista de Occidente*, cuyo centro gravitatorio es Ortega y Gasset, y *Revista de Filología*, la publicación del Centro de Estudios Históricos dirigido por Ramón Menéndez Pidal, que son los dos cuerpos más grandes después de Unamuno. Hacia ambos gravita la gran mayoría de los intelectuales jóvenes o de mediana edad. En esa zona se encuentran también las tertulias de los dos Ramones, tan peculiares que sus cuerpos siderales no necesitan nombre. Un planeta con el peinado de Ramón Gómez de la Serna tiene también anillo, pero este no es una revista sino la tertulia de Pombo. Hacia él gravita una numerosa concurrencia de minúsculos satélites anónimos. Otro planeta, con las barbas y los lentes de Valle-Inclán, forma tertulia con el pintor Ricardo Baroja, hermano del escritor, y con el dramaturgo Cipriano Rivas Cherif.

Tres proyectos editoriales más agrupan nombres propios. Son *La Gaceta Literaria*, con Guillermo de Torre y el propio Giménez Caballero; *Revista de las Españas*, publicación de la Unión Ibero-Americana dirigida por Sangróniz y Luzuriaga—y en la que participaban también los dos jóvenes vanguardistas—; y la revista *Residencia* (1926-1934), órgano de la Residencia de Estudiantes, dirigida por Alberto Jiménez Fraud, responsable también de la institución. A la izquierda encontramos el grupo de las revistas de creación recién fundadas en la periferia austral: la sevillana *Mediodía* (1926-1929), la malagueña *Litoral* (1926-1929), la murciana *Verso y Prosa* (1927-1928) y la onubense *Papel de Aleluyas* (1927-1928). Son de los pocos elementos del cartel, junto con Unamuno, que no están situados en Madrid. Todas ellas, junto con *Revista de Occidente*, serían mencionadas en la conferencia-cartel que dio Gecé en 1928 sobre la nueva literatura².

Debajo de ellas, sin revista, se encuentra Juan Ramón Jiménez, un gran astro solitario apenas seguido por José Bergamín, que en los años veinte fue uno de sus principales colaboradores en empresas como las efímeras publicaciones *Índice* (1921-1922), *Sí* (1925) o *Ley* (1927), de las que no hay rastro en el mapa. Juan Ramón, junto con Ortega, que ejercía de faro de la intelectualidad literaria y artística, y Ramón Gómez de la Serna, sus coetáneos, determinó completamente la orientación de la literatura de los años veinte. Ramón, igual que Juan Ramón, tenía una concepción acendrada de la autonomía de lo literario. En ambos tuvo especial importancia la lucha por la emancipación económica y por la libertad del escritor. Ambos no desarrollaron otra ocupación que la escritura. Sin embargo, propusieron poéticas distintas. Juan Ramón ejerció el magisterio de forma autoritaria, a través fundamentalmente de su epistolario y de sus revistas *Índice* y *Sí*, mientras que el magisterio diluido de Ramón tuvo en la tertulia de Pombo su centro de gravitación. Quedan en el cartel solo algunas

² «Cartel de la nueva literatura» fue el título de la conferencia que Giménez Caballero dio el 7 de abril de 1928 en la sede de Ediciones Inchausti, al clausurar su exposición de carteles. Se publicó en el n.º 32 de *La Gaceta literaria*, el 15 de abril de 1928.

personalidades aisladas: Gabriel Miró, que es un planeta de cierta envergadura, y Pío Baroja y Pérez de Ayala, dos cometas solitarios que cruzan el espacio inhabitado entre las tertulias y las revistas.

Las coordenadas centrales del cartel constituyen el sector más autónomo del campo literario español de ese momento. Tras una época de fuerte implicación política de los intelectuales, los años veinte fueron un momento de retraimiento de los escritores a sus tareas específicas. Uno de los motivos fue la censura promovida por la dictadura. Pero no fue menos importante el ejemplo europeo. Con el fin de la Primera Guerra Mundial, los escritores comprometidos optaron por desvincularse de la política y apostar por una literatura autónoma. Quien lideró este movimiento en España fue Ortega, que centró sus esfuerzos en *La Revista de Occidente*. Es significativo que el grupo central de *El Sol* se abstuviera de publicar en la revista, síntoma de que Ortega había cambiado de discípulos y de proyecto. Los «Propósitos» del primer número lo dejaban claro: *Revista de Occidente* estaba orientada a las personas «que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte» y cuya curiosidad ante las noticias de lo que sucede en el mundo no queda satisfecha por la «interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece». Contra la información extensiva de la prensa proponía un discurso concentrado, intensivo, pues «la información extensiva sólo sirve para confundir más al espíritu, favoreciendo lo insignificante en detrimento de lo selecto y eficaz» (Ortega y Gasset 1923a: 2). El lema de esta etapa quedaría formulado también en los «Propósitos»: la *Revista de Occidente* orientaría su labor «de espaldas a toda política, ya que la política no aspira a nunca a entender las cosas» (*Idem.*). Consolidada la oposición entre poesía y periodismo, y entre pensamiento y política, la revista cultural y de creación se opondría al periódico y al libro como lo privado se opone a lo público. O al menos así demostró entenderlo el propio Ortega en enero de 1927, momento final de este periodo de purismo, en el editorial del número inaugural de *La Gaceta Literaria*. Sin embargo, cuando Gecé dibuja el campo intelectual español, la autonomía de los escritores ha empezado a diluirse y empiezan a crecer las críticas hacia la dictadura. Ortega ha vuelto a publicar en *El Sol*. En el «Universo de la literatura española contemporánea» *Revista de Occidente* vuelve a estar cerca del periódico.

Filiación y afiliación en los años veinte

La agrupación de intelectuales en constelaciones es un fenómeno que, como hemos visto, domina el campo intelectual español de los años veinte y constituye su carácter idiosincrático. La actitud corporativista de aquellos intelectuales que alcanzaron la madurez en esa década y que, a diferencia de sus mayores, no vive exclusivamente de la escritura sino de profesiones liberales, se inicia en la segunda mitad de los años diez, y en los veinte incorporan a esa dinámica a los más jóvenes. Sin embargo, la mayor parte de los intelectuales que se habían consagrado a principios de siglo siguen manteniendo un proyecto individual, una posición solitaria en el campo. En el cartel de Gecé, Unamuno y Baroja están solos, aunque también lo están Gabriel Miró y Pérez de Ayala.

Si dejamos de lado la relación entre maestro y discípulo, que se da puntualmente, el propio esquema de la constelación propuesto por Gecé alude a un tipo de asociación entre intelectuales que

Edward Said ha llamado «afiliativo». Según el crítico palestino, dos son los modos generales de relación social y continuidad humana: la *filiación* y la *afiliación*. La primera, hacia finales del siglo XIX y principios del XX empieza a ser percibida como problemática. Said destaca que en la obra de un gran número de escritores de este período queda formalizado el fracaso en el impulso creador/procreador, como una condición general que aqueja por igual la cultura y la sociedad³. Extrapola además esta tendencia a las teorías freudianas, cuya recepción se intensifica a principios de siglo, y uno de cuyos aspectos más influyentes es la potencialidad mortífera de la crianza. Encuentra también análoga problemática en la concepción histórica de la reificación lukacsiana y en la propuesta de su superación, planteada en *Historia y conciencia de clase* (1923). Said vincula la reificación a los problemas de filiación en dos sentidos: en primer lugar, heredamos un sistema cuyos rasgos genealógicos nos son borrados; el sistema es obra humana pero ya no lo sentimos como nuestro, porque además, en vez de estar determinado por nosotros, nos vemos nosotros determinados por él; en segundo lugar, la reificación como alienación de la producción humana, que incluye a la descendencia, aísla los progenitores de sus hijos hasta el punto de imposibilitar las relaciones naturales. La solución del problema de la reificación, según el marxismo, se da por una vinculación afiliativa: no otra cosa es la conciencia de clase o la alianza del partido. Quizá a causa de la problematización de la filiación, argumenta Said, surge la tendencia hacia los vínculos afiliativos, como una filiación horizontal, a través de afinidades electivas intelectuales. De modo que uno de los rasgos que sobrevuelan los años veinte es «la inconfundible impresión de que pocas cosas son tan problemáticas y tan universalmente arriesgadas como lo que de otro modo podríamos haber supuesto que es la mera continuidad natural entre una generación y la siguiente» (Said 1983: 30). La consecuencia de esto es «la presión para producir nuevas y diferentes formas de concebir las relaciones humanas» (Said 1983: 31), que no se dan por filiación sino por afiliación: «la única alternativa diferente parecían ofrecerla las instituciones, asociaciones y comunidades cuya existencia social no estuviera garantizada de hecho por la biología, sino por la afiliación» (Said 1983: 31). En ellas los hombres están en términos de igualdad y no de dependencia generacional. El modelo afiliativo que se despliega en estos años presenta, según Said, tres momentos: el primero es la imposibilidad o el rechazo de la filiación; el segundo, la tendencia a la compensación mediante asociación por afiliación; y el tercero, el desplazamiento, pero no cancelación, de la relación jerárquica que mantiene el padre respecto al hijo, y que ahora tiene el grupo o el proyecto respecto al integrante:

Lo que estoy describiendo es la transición de una idea o posibilidad de filiación fallida hacia una especie de orden compensatorio que, ya sea un partido político, una institución, una cultura, un conjunto de creencias o incluso una visión del mundo, proporciona a hombres y mujeres una nueva forma de relación, a la cual he estado denominando afiliación pero también constituye un nuevo sistema. Ahora bien, si contemplamos este nuevo modo de relación afiliativa tal como puede encontrarse entre los escritores conservadores como Eliot o entre los escritores progresistas como Lukács y, a su especial manera, Freud, descubrimos el objetivo deliberadamente explícito de utilizar ese nuevo orden para restaurar los vestigios del tipo de autoridad que en el pasado estaba asociada al orden filiativo. Finalmente, esta es la tercera parte del

³ Esto es perceptible según Said en el *Ulises* (1922) de Joyce, en *La tierra baldía* (1922) de T. S. Eliot, en *Jude el oscuro* (1895) de Thomas Hardy, en *Nostramo* (1904) de Joseph Conrad, en *En busca del tiempo perdido* (1913–1927) de Proust, en la poesía de Mallarmé y Hopkins, en los escritos de Wilde.

modelo. El gremio psicoanalítico de Freud y la idea de partido de vanguardia de Lukács no son proveedores en menor medida de los que podríamos llamar una autoridad reestablecida (Said 1983: 34).

Este fenómeno puede observarse en las constelaciones dibujadas por Gecé, que muestran el corporativismo intelectual en la España de los años veinte en agrupaciones de intelectuales en torno a un proyecto, pero siempre aparece un personaje central que se confunde con él: Ortega y la *Revista de Occidente*, Ramón Gómez de la Serna y Pombo, Ramón Menéndez Pidal y el Centro de Estudios Históricos, y hacia el que se establece una relación jerárquica.

Formaciones, fracciones y polarización del campo

El cartel de Gecé fija nuestra atención en grupos o círculos que, a pesar de su poca dimensión y su duración más o menos efímera, tuvieron una importancia fundamental en el desarrollo social y cultural de España. Más que los propios sujetos, son lo que Raymond Williams ha definido como *formaciones* aquello con lo que nos encontramos en el dibujo. La visión del campo intelectual que propone Gecé es en este sentido clarividente, ya que más que la obra o proyecto creador de un individuo, son las formaciones las que mayor incidencia tienen en la polarización del campo y en su modificación. Un intelectual puede participar en varias de ellas, simultánea o consecutivamente, aportando a cada una labores distintas y obteniendo a su vez de ellas beneficios específicos. Estos grupos no pueden ser descritos simplemente en términos internos de organización y de valores sostenidos:

A diferencia de las instituciones, las formaciones se distinguen por el número reducido de sus miembros y por la rapidez con la que se constituyen y se disuelven. Además, el carácter relativamente laxo que a menudo presenta la estructura de estos grupos, y la ausencia de reglas definidas en las relaciones entre sus miembros, o, al menos, la dificultad para percibirlos, suele dotarlos del aire informal de un grupo de amigos y los distingue de cuerpos regulados, como la universidad o las asociaciones profesionales (Altamirano, Sarlo 1983: 187).

Tal y como apunta el propio Williams, las formaciones no pueden ser estudiadas satisfactoriamente sin tener presente la historia social, ya que acostumbran a originarse en momentos de transición, ni tampoco desatendiendo las particularidades de los individuos que las conforman (Williams 1980). Los proyectos intelectuales personales encuentran realización parcial en distintas formaciones, a la vez que son conformados por la pertenencia a ellas. Una de las funciones más importantes de la formación es la visibilidad que se obtiene cuando se aúna el capital simbólico de sus integrantes. Y por lógica estructural del campo, como apunta Bourdieu, «existir, en este sistema de relaciones simbólicas que integra el campo intelectual, es ser conocido y reconocido en *marcas de distinción* (una manera, un estilo, una especialidad, etc.), esguinces diferenciales que pueden investigarse expresamente y que sacan del anonimato y de la insignificancia» (Bourdieu 1966: 155n).

En el cartel, algunas agrupaciones presentan un aspecto altamente formalizado, como la Academia o los grandes *trusts* editoriales de finales de década y principios de los treinta. Pero las que a mi parecer son más decisivas son las formaciones de estructura más bien laxa y de duración breve cuando no efímera: las tertulias de café, con centros estables ocupados por pocas personas, a veces solo una,

y márgenes poco definidos e inclusivos; o las redacciones de las revistas culturales, que a partir de la segunda mitad de la década mostrarán una estructura más cerrada, a pesar de mantener cierto grado de permeabilidad. De hecho, la mayor parte de las revistas culturales de las épocas pueden ser estudiadas como producto y proyecto de formaciones⁴.

A menudo una formación es una fracción de la clase dominante, como lo fueron *Revista de Occidente* o los grupos y subgrupos surgidos en la Residencia de Estudiantes, que probablemente son los que más tienen en común con «la fracción de Bloomsbury» estudiada por Williams como paradigma de formación fraccional (Williams 1980: 195-207). Las fracciones sirven a los intereses generales de las clases dominantes, pero al constituir su vanguardia intelectual, a menudo oponen a ellas prácticas y supuestos teóricos que no se generalizarán hasta periodos posteriores. La Residencia de Estudiantes alojó a muchos de los jóvenes nacidos en torno a 1900 cuya forma de socialización era ya distinta de la de tertulia de café, pero cuya estructura es la de la formación afiliativa. Según el testimonio de Salvador Dalí,

[...] la Residencia de Estudiantes, donde yo vivía, estaba dividida en gran cantidad de grupos y subgrupos. Uno de estos grupos era el de la vanguardia artística y literaria, el grupo inconformista, estridente y revolucionario, del cual emanaban ya los miasmas catastróficos del período de posguerra. Este grupo había heredado recientemente una tradición estrecha, negativista y paradójica, procedente de un grupo de literatos y pintores «ultristas» [sic] [...]. Este grupo estaba compuesto por Pepín Bello, Luis Buñuel, García Lorca, Pedro Garfías, Eugenio Montes, Rafael Barradas y muchos otros (Dalí 1942: 246).

¿«Generación» o formación?

El concepto formulado por Williams no solo muestra un mayor rendimiento en el estudio del campo intelectual de los años veinte que el de *generación*, sino que permite además pensar las operaciones de identificación generacional como afiliaciones en la dimensión sincrónica del campo intelectual. José Ortega y Gasset logró polarizar el campo intelectual español hacia 1913 cuando articuló en la Liga de Educación Política un grupo de intelectuales jóvenes llamados a regenerar la política española a partir de una misión pedagógica de carácter europeizador. Para llevar a cabo esta operación debía desplazar a sus mayores y restringir su prestigio a hazañas del pasado. En un artículo publicado el 8 de febrero de 1913 en *El Imparcial*, titulado «Competencia», llevó a cabo la paradójica operación de agrupar simbólicamente intelectuales cuya trayectoria individual y específica era su principal rasgo distintivo respecto al grupo de Ortega, para así oponerlos a su propia formación. Para ello se valió del concepto de generación:

La generación de 1898 se encontró sin una nación en que realizarse ni individualidades a quien seguir. Se encontró sin casa y sin padre en el orden espiritual. Es una generación históricamente espuria. No se le puede pedir mucho. Es una generación fantasma. No ha hecho nada, se dice, y con razón; pero, ¿qué iba a hacer? ¿Crear el mundo de la nada? No es culpa suya si no ha vivido con plenitud [...] Ha tenido que reducirse a la forma más irreal de la vida: ha vivido teóricamente; menos aún, críticamente (Ortega y Gasset 1913: 1).

⁴ La vinculación de la noción de «formación» lanzada por Williams con el estudio de las revistas fue introducida por Altamirano y Sarlo como herramienta metodológica en Argentina a principios de los años ochenta (Altamirano, Sarlo 1983: 185-186).

Probablemente la fecha de 1909, año del fusilamiento de Ferrer i Guardia y de fervorosa protesta intelectual, fue mucho más decisiva para los intelectuales de la llamada «generación del 98» que la del Desastre, pero en ese año Ortega ya había intervenido en el espacio público como intelectual, por lo que le interesaba desplazar una década hacia el pasado la referencia emblemática de sus mayores y ubicarlos en el siglo anterior. Simultáneamente, Ortega hacía un llamado a la afiliación de la joven intelectualidad para lanzar un proyecto político, la Liga de Educación Política: «Yo ahora no pido votos; yo ahora no hablo a las masas; me dirijo a los nuevos hombres privilegiados de la injusta sociedad –a los médicos e ingenieros, profesores y comerciantes, industriales y técnicos–; me dirijo a ellos y les pido colaboración» (Ortega y Gasset 1914: 286). Por un lado, fomentaba la afiliación de los intelectuales cercanos a él en edad. Por otro, proyectaba una supuesta agrupación ficticia de sus mayores cuya incidencia desplazaba hacia el pasado.

Azorín salió al paso de las opiniones del artículo de Ortega sobre la necesidad de un relevo en el seno de la intelectualidad con una serie de cuatro artículos, aparecidos los días 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913 en *ABC*, recogidos ese mismo año en *Clásicos y modernos*. En ellos reclamaba la «modernidad» o «vigencia» de la «Generación de 1898», incidía en los contactos europeos de sus integrantes e incluso lanzaba una nómina integrada por Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu y Rubén Darío (Azorín 1913: 914-915). En el cartel de Gecé los miembros de lo que la historiografía ha consolidado como «generación del 98» están solos. Su talla intelectual puede hacer gravitar hacia ellos a otros personajes, pero no se articulan grupalmente, con la excepción de Azorín, pionero en España de las alianzas afiliativas. El «Manifiesto de los Tres», firmado en 1901 por el levantino junto a Baroja y Maeztu y aparecido en la revista *Juventud*, fue un primer intento efímero en esta línea, pero su apuesta afiliativa de mayor éxito sería presentar como grupo de la «Generación del 98» a intelectuales que poco tenían entonces en común. Lo que había unido a ese grupo heterogéneo (Baroja, Maeztu, Unamuno, Martínez Ruiz, Benavente) eran posiciones anticapitalistas, anarquistas en la mayoría de casos y socialista en el de Unamuno. Pero cuando Azorín lanzó el membrete era desde 1907 diputado conservador; Maeztu derivaba hacia el rol de ideólogo reaccionario, Unamuno permanecía preso en sus contradicciones personales y espirituales, Benavente se dedicaba al teatro behaviorista y mundano y sería germanófilo durante la Guerra Europea, Baroja insistía en su pesimismo reaccionario. Tal dispersión fue en aumento, como puede apreciarse en la posición que ocupan en el cartel de Gecé. El propio Baroja respondió a la afiliación retrospectiva de Azorín en 1924, afirmando que

Yo no creo que haya habido, ni que haya, una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella. [...] Entre los que comenzamos entonces había hombres de todas las tendencias. Unos, la mayoría, cultivaban lo que se llamaba, y creo que se sigue llamando, el modernismo; otros se inclinaban a la política o a la sociología; pero como no había entre nosotros un ideal común, cada uno marchaba por su lado. [...] Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es generación; por eso la llamada generación de 1898 tiene más carácter de invento que de hecho real (Baroja 1924: 22, 23, 24).

Por su lado, Miguel de Unamuno había afirmado su insobornable individualidad desarticulando la supuesta generación del 98, en un artículo titulado «La hermandad futura» y publicado en *Nuevo Mundo*, el 5 de julio de 1918:

El semanario *Vida Nueva* nos juntó. Pero no nos unió. Fue una plaza donde se nos dejó gritar a cada uno su grito. Hasta Felipe Trigo lanzó allí el suyo. Mas por debajo, la discordancia era evidente. Aquel semanario fue anárquico, no anarquista. Y de aquí su eficacia. Ningún santo y seña común nos unía. Ni debía unirnos. Así fue mejor, mucho mejor. De allí no salió, ni pudo ni debió haber salido una Liga, una comunidad, algo que implicase organización de partido político, por flojo y elástico que sea. De allí no pudo salir una cofradía o una hermandad (Unamuno 1918: 27).

En fecha cercana a la elaboración del cartel de Gecé, Juan Ramón Jiménez, que a principios de siglo había compartido espacio en las mismas revistas que Azorín, Unamuno, Baroja, Benavente, los Machado, Darío y Valle-Inclán, enviaba una carta al propio Giménez Caballero, fechada el 17 de marzo de 1927, para pedirle que no pusiera sus textos en la primera página de *La Gaceta Literaria*:

Dejemos eso para los viejos del todo, para los académicos ya sentados en su poltrona eterna, para los laureados en seco, para esos tontos caídos, en suma, de esas jeneraciones [sic] del 98 y siguientes, a ninguna de las cuales, aunque yo haya cumplido 45 años, tengo el mal gusto de pertenecer (Jiménez 1973: 88).

El concepto de generación, que la historiografía española ha adoptado como herramienta de clasificación cronológica, puede observarse desde la perspectiva del sistema de afiliación como una mera estrategia política en el seno del campo intelectual para obtener visibilidad y fuerza como grupo. Mediante los discursos sobre generaciones, Ortega desplazaba a aquellos contemporáneos con los que se disputaba la centralidad del campo a través de una ilusión óptica: pretendía modificar la percepción de lo que era simultáneo para que pareciera sucesivo, haciendo caer sobre la generación de los mayores el estigma de lo caduco, lo superado, lo pendiente de renovación. Sea como fuere, el concepto de generación hizo época. Y lo hizo sobre todo debido al esfuerzo teórico de Ortega, que dio a la noción no solo un uso social, sino que le atribuyó el prestigio de la ciencia histórica a través de sus trabajos. Buen conocedor del pensamiento alemán⁵, expuso la idea en dos libros: *El tema de nuestro tiempo* (un curso de 1920 publicado en 1923) y *En torno a Galileo* (un curso de 1933, sólo publicado completo en 1945). Según su definición,

Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos (Ortega y Gasset 1923b: 147).

El concepto dual de generación (minoría y muchedumbre) que plantea Ortega en *El tema de nuestro tiempo*, a nuestro parecer con vocación más performativa que descriptiva, presenta, desde la

⁵ La noción de generación aparece en la *Historia de la literatura antigua y moderna*, de Friedrich Schlegel, publicada en 1815, y con versión española de 1843; en *La ideología alemana* (1846) de Marx y Engels; y se convierte en herramienta teórica en el ensayo de Dilthey sobre Novalis (1865) incluido en *Vida y poesía*. En el ámbito hispano existía el precedente de *Palabras simbólicas de la fe de la Joven Generación Argentina*, de Esteban Echevarría, aparecido en Montevideo en 1839. Pero Echevarría no decía qué era una generación, como tampoco lo haría Azorín tiempo después.

visión condescendiente del intelectual madrileño, el problema de la filiación descrita por Said. La desafección por la política preconizada por Ortega en los años veinte, y que es manifiesta en la mayoría de los intelectuales a mediados de esa década, funciona a su vez como paréntesis en la relación filiativa entre las elites y la masa a la que años antes se insistía en que había que educar. Un artículo de Ortega publicado en diciembre de 1924 es elocuente en este sentido:

Por eso la minoría selecta corta la comunicación con la gran masa y renuncia a predicar, a ganar prosélitos, a combatir vanamente. Necesita todas sus energías para el delicado menester de crear. En lugar de pretender –lo que sería ilusorio– que los temperamentos toscos y triviales acepten la dieta rigurosa que a sí mismos se han impuesto ellos, se vuelven hacia los iguales, hacia los que con idéntica espontaneidad sienten pareja disciplina personal. Este contacto con almas cargadas del mismo o superior potencial dinámico les sirve para confrontar su obra y sostener su tensión (Ortega y Gasset 1924: 351).

Ortega describe, al tiempo que fomenta, un corporativismo afiliativo de los intelectuales y el abandono de la relación filiativa con unas masas infantilizadas, no emancipadas, con las que solo es posible una relación de tutoría, de transmisión de un saber mediante la formación. La estrategia filiativa de Ortega adquirió carácter estructural al quedar articulada por su teoría de las generaciones, y consiguió presentar su propia fracción como el centro de la dinámica histórica⁶.

En los años veinte, cuando Ortega formula esta tesis, existe un consenso acerca del valor positivo de lo nuevo y lo joven, cuyo prestigio quedaba así incorporado en la empresa de desplazar a sus mayores de la centralidad del campo. De todo lo expuesto nos interesa menos apuntar que la «Generación del 98» fue una invención que incidir en su carácter de formación filiativa, que en este caso fue efectiva en términos de polarización de campo. La taxonomía histórica a la que pretende someter Ortega el campo intelectual es una argucia para arrinconar a contemporáneos, para desalojar lo hegemónico en aras de lo emergente en la vida intelectual. Pero la noción de *generación* aplicada a los mayores, al ser coherente con la dinámica filiativa de los años veinte, diluía su dimensión histórica y la naturalizaba. Sin embargo, en el transcurso de los años veinte los escritores mayores permanecerían en el centro del campo intelectual, pero como en el dibujo de Gecé, solitarios, consagrados por su trayectoria. Los más jóvenes, que ingresarían en un campo intelectual más articulado y numeroso, no podrían consagrarse sin el trabajo cooperativo de las formaciones, especialmente las que visibilizaron su proyecto intelectual bajo la forma de una revista. La noción de *generación*, que sería invocada de nuevo con intención filiativa para agrupar a los nacidos en torno a 1900 –con nombres distintos, como «generación del 27» o «generación del 25»⁷–, es estéril para estudiar el tupido campo intelectual del primer tercio del siglo XX. Antonio Machado y Pedro Salinas,

⁶ Ortega siempre tuvo muy presente su propia posición como intelectual en el campo en sus sucesivas definiciones de la figura del intelectual. Para un desarrollo de esta tesis, consúltese Bernat Padró Nieto (2015): “Paradojas de la egolatría: la Europa de José Ortega y Gasset, un proyecto intelectual de minorías”, en Martí Monterde, Antoni; Padró Nieto, Bernat (eds.) (2015): *Qui Acusa? Figures de l'intel·lectual europeu*, Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 149-190.

⁷ Dos poetas-profesores, Dámaso Alonso y Pedro Salinas, contribuyeron a consolidar la etiqueta, armando un hipotético y selectivo grupo –pues dominan los poetas sobre los prosistas– en el que también figuraban ellos mismos. Véase Dámaso Alonso (1952): «Una generación poética (1920-1936)» en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, pp. 167-192; y Jorge Guillén (1962): «Lenguaje de poema. Una generación» en *Lenguaje y Poesía. Algunos casos españoles*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 233-254.

ubicados por la crítica historiográfica en compartimentos estancos bien diferenciados, constan sin embargo en la nómina de los afiliados a la Liga de Educación Política.

Pero así como el cartel de Gecé obvió la noción de «generación» por inoperativa en su recreación sincrónica del campo, otros críticos también manifestaron de forma implícita los problemas del concepto. Es el caso de Melchor Fernández Almagro en un artículo de 1923 titulado significativamente «La generación unipersonal de Gómez de la Serna», en el que afirmaba que

[...] entre los muchachos de la edad de Ramón, que tras él van apareciendo, no encontramos esa formación orgánica, esa *generación* que inútilmente tratáramos de descubrir entre las páginas de *Prometeo*. [...] Los coetáneos de Ramón—Salinas, Manuel Abril, Rivas Cherif, entre otros—no establecen con él ese cruce de influencias que fuera menester para justificar la existencia de una generación bien perfilada (Fernández Almagro 1923: 10-11).

Interesa del artículo de Fernández Almagro el supuesto de que una revista pueda ser órgano de afiliación de una formación, lo que señala un estado determinado del campo literario, aunque descarte que *Prometeo* lo fuera. Llega a llamar a Ramón «rector de Pombo», pero no entra a valorar si la formación de Pombo presenta carácter aglutinador porque lo que está en juego es el concepto orteguiano de «generación», que Fernández Almagro está discutiendo irónica e implícitamente como teoría historiográfica, pero no como etiqueta de formación. Por ello llama la atención lo que el artículo calla: la cercanía de edad entre él mismo y Ramón, cuyas fechas de nacimiento apenas distan cuatro años; así como la cercanía de edad entre Ramón, Ortega y la mayoría de los firmantes de la Liga de Educación Política. Fernández Almagro no puede afiliarlos —como sí lo han hecho críticos posteriores, como Julián Marías, discípulo de Ortega⁸— porque no participaron de las mismas formaciones.

El cartel como alegoría de la modernidad literaria

La dinámica afiliativa del campo intelectual español, tal y como fue dibujada por Gecé, muestra que los principales agentes de la literatura de los años veinte fueron formaciones, especialmente las que sostenían las distintas plataformas de prensa periódica. La diversidad de posiciones estructurales ocupadas por el intelectual madrileño⁹ lo dotaban de un conocimiento privilegiado de las distintas maneras de *hacer* literatura, de participar del mapa literario e incluso de los múltiples intentos de definir sus lindes¹⁰. Con acierto escribió *Andrenio* que Gecé tenía «la ventaja de conocer de antemano el lugar que ocupan las cosas en el mapa de la cultura» (Andrenio 1927: 1).

⁸ «A esta generación pertenecen además Gabriel Miró, Eduardo Marquina, Juan Ramón Jiménez, Picasso, Eugenio d'Ors, Marañón, Solana, Ángel Herrera, Ramón Gómez de la Serna, Gregorio Martínez Sierra, Teófilo Hernando, Fernando Vela, Julio Rey Pastor, Blas Cabrera, Antonio Marichalar, Claudio Sánchez Albornoz, Melchor Fernández Almagro...» (Marías 1996: 51).

⁹ Aunque solo escribiera su nombre en el planeta *La Gaceta Literaria*, su gran apuesta intelectual del momento, Gecé debería constar también en el sistema solar, ya que se hacía cargo de la sección fija «Revista de libros» de *El Sol*; en *Revista de Occidente*, de la que era asiduo; en *Revista de las Españas*, donde se ocupaba de las novedades literarias; y en la formación de Menéndez Pidal, ya que colaboraba en el Centro de Estudios Históricos. Esta diversificación lo dotaba de un conocimiento de primera mano del campo intelectual que complementaba su sólida formación académica.

¹⁰ Los años veinte fueron un momento clave para el deslinde de lo que era y lo que no era la literatura legítima, con efectos históricos sobre la posteridad. Sobre la distinción entre alta y baja literatura a principios de los veinte, véase Bernat Padró Nieto (2017): «El banquete a Araquistáin. Un caso de escenificación de políticas literarias», *Revista Canadiense de Estudios*

Lo relevante es que intuyó con gran acierto la dimensión sistémica del mapa de la cultura. Esta perspectiva lo acerca a los trabajos del Formalismo ruso, especialmente a los que llevaba a cabo esos mismos años Iuri Tynianov. El teórico ruso había propuesto una interpretación sistémica de la literatura, tanto de la obra concreta como del hecho literario y su evolución. El problema de los límites de la literatura quedaba así expuesto: al ser un término dinámico, resulta imposible estabilizar una definición de literatura. Sin embargo, según la opinión de Tynianov, un contemporáneo tiene una idea aproximada de los elementos que constituyen en cada momento «el hecho literario» (Tynianov 1924: 208). Podemos entonces señalar que el «Universo de la literatura española contemporánea», que hace conjugar el periodismo, el medio empresarial, la revista de creación y pensamiento, la filología, la tertulia, la filosofía y la creación literaria, da cuenta de lo que un contemporáneo a la altura de 1927 podía entender como el «hecho literario español». Sin embargo, a diferencia del teórico ruso, Gecé no lo concebía como un corpus de obras sino como una práctica, lo que podríamos llamar su dimensión sociológica. En definitiva, comprendió que lo que vertebraba y daba cohesión al mapa de la cultura eran tensiones de fuerza, de atracción o rechazo, de un modo cercano a como lo entendería Pierre Bourdieu décadas después:

Irreductible a un simple agregado de agentes aislados, a un conjunto de adiciones de elementos simplemente yuxtapuestos, el *campo intelectual*, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo (Bourdieu 1966: 135).

El «Universo de la literatura española contemporánea» no es ni una historia ni un canon. Esto es relevante porque propone una alternativa a la perspectiva sobre la literatura que se estaba imponiendo en ese momento y que sería hegemónica durante muchas décadas: la periodización de una selección de obras y autores en una historia nacional que desarticula las constelaciones del cartel para encajonar sus componentes en periodos estancos llamados *generaciones*. Una selección, habría que añadir, muy restringida respecto a la imagen que nos da el cartel. Llama la atención que fuera precisamente alguien como Giménez Caballero, muy próximo por aquellos años a Ortega y a Menéndez Pidal, quien propusiera una mirada disidente. La instantánea del cartel representa una situación histórica excepcional, un punto culminante del proceso de articulación de un campo intelectual a través de una lógica afiliativa que lo organiza en formaciones. Se trata del momento de máxima autonomía alcanzado por el campo literario español –una autonomía siempre relativa– que llegaba a su culmen y que pronto cambiaría de signo debido a la creciente politización de los intelectuales y la llegada en 1931 de la Segunda República.

Si para Gecé la creación del cartel supuso una ruptura con la tradición crítica, un momento de suma originalidad cuyo objeto era la plasmación de la ardiente actualidad literaria; paradójicamente,

Hispánicos, Ottawa, vol. 41 n.º 3 (primavera 2017), pp. 621-642. Hemos visto cómo, por otro lado, el grupo de Ortega y sus seguidores marcaron una frontera entre literatura, política y periodismo. Pero la culminación de ese proceso se dio años más tarde, por efecto de la labor de los poetas-profesores señalada en la nota 7.

ese instante vale para todo un periodo y lo representa¹¹. Nos da una imagen sincrónica cuya interpretación requiere un despliegue narrativo. En definitiva, podemos decir que «Universo de la literatura española contemporánea» funciona como alegoría de toda una época.

Bibliografía

- AA. VV. (1994): *Madrid-Barcelona. «Carteles literarios» de Gecé*, Barcelona, Universitat de Barcelona / Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.
- ALTAMIRANO, Carlos; SARLO, Beatriz (1983): *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Librería Hachette.
- ANDRENIO (1927): «Carteles», *El Sol*, 3 de mayo de 1927, p. 1.
- AZORÍN (1913): «La generación de 1898» en *Clásicos y modernos*, en *Obras Completas*, Madrid, Aguliar, 1959, I, pp. 900-918.
- BENJAMIN, Walter (1934): «El autor como productor» a *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 117-134.
- BAROJA, Pío (1924): «Divagaciones de autocrítica» en *Divagaciones apasionadas*, Madrid, Caro Raggio, 1985.
- BONET, Juan Manuel (1994): «Cartel de Gecé», en AA. VV. *Madrid-Barcelona. «Carteles literarios» de Gecé*, Barcelona, Universitat de Barcelona / Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 1994, pp. 3-7.
- BOURDIEU, Pierre (1966): «Proyecto creador y campo intelectual» en AA. VV. (1966): *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967.
- DALÍ, Salvador (1942): *Vida secreta de Salvador Dalí*, Buenos Aires, Poseidón, 1944.
- DENNIS, Nigel (1997): «De la palabra a la imagen: la crítica literaria de Ernesto Giménez Caballero, cartelista» en CUEVAS, Cristóbal; BAENA, Enrique (eds.) (1997): *El universo del 27: literatura, pintura, música y cine*, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, pp. 363-377.
- DENNIS, Nigel (1994): «En torno al cartelismo de Ernesto Giménez Caballero», *Romance Quarterly*, n.º 41, Kentucky, 1994, pp. 102-109.
- DESVOIS, Jean (2002): «Panorama periodístico del primer tercio del siglo XX» en *Del Periódico a la Sociedad de la Información*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, tomo I, pp. 189-196.
- ESPINA, Antonio (1928): «Los carteles de Gecé» en *La Gaceta Literaria*, n.º 26, 15 de enero de 1928, p. 5.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1923): «La generación unipersonal de Gómez de la Serna» en *España*, n.º 362, 24 de marzo de 1923, pp. 10-11.

¹¹ Para la mayoría de historiadores, la modernidad literaria española ha acabado siendo un periodo que muchos denominan «La Edad de Plata». Es significativo que el cartel llegara a ser la imagen de cubierta precisamente de *La Edad de Plata* de José Carlos Mainer. Este gesto, que no hubiese desagradado a Gecé, insiste sin embargo en la paradoja; la instantánea de un corte sincrónico del campo literario ilustra e introduce lo que es un discurso periodizador: la «Edad de Plata» pretende designar todo un proceso cultural.

- GASCH, Sebastià (1928): «Madrid-Barcelona. La exposición en Dalmau» en *La Gaceta Literaria*, número 27, de 1 de febrero de 1928, p. 4.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1927a): «Cierre metálico», *El Sol*, 11 de febrero de 1927, p. 2.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1927c): «Universo de la literatura española contemporánea» *La Gaceta Literaria*, n.º 14, 15 de julio de 1927, p. 4.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1973): *Selección de cartas (1899-1958)*, Barcelona, Picazo.
- JULIÀ, Santos (2002): «Intelectuales y prensa en el siglo XX» en *Del Periódico a la Sociedad de la Información*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, tomo I, pp. 197-218.
- MAINER, José-Carlos (1980): *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1999.
- MARÍAS, Julián (1996): *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- MARICHAL, Juan (1990): *El intelectual y la política en España (1898-1936)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- ORTEGA Y GASSET, José (1913): «Competencia» en *El Imparcial*, 8 de febrero de 1913, p. 1.
- ORTEGA Y GASSET, José (1914): «Vieja y nueva política» en ORTEGA Y GASSET, José (1983): *Obras Completas*, tomo I, Madrid, Alianza / Revista de Occidente, pp. 265-307.
- ORTEGA Y GASSET, José (1923a): «Propósitos» en *Revista de Occidente*, n.º 1, junio-julio de 1923.
- ORTEGA Y GASSET, José (1923b): *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras Completas*, tomo III, pp. 141-242.
- ORTEGA Y GASSET, José (1924): «Cosmopolitismo», en *Revista de Occidente*, diciembre de 1924.
- PERÁN, Martí (1994): «Madrid-Barcelona. “Carteles literarios” de Gecé» en AA. VV. (1994): *Madrid-Barcelona. «Carteles literarios» de Gecé*, Barcelona, Universitat de Barcelona / Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, pp. 9-20.
- SAID, Edward (1983): «Crítica secular» en *El mundo, el texto, el crítico*, Debate 2004.
- SORÍA OLMEDO, Andrés (2010): «Universo de la literatura española contemporánea», en *La generación del 27. ¿Aquel momento ya es una leyenda?*, Madrid, Residencia de Estudiantes, pp. 32-47.
- SUCRE, Josep Maria de (1928): «Los Carteles de Gecé» en *La Gaceta Literaria*, número 28, de 15 de febrero de 1928, p. 2.
- TYNIANOV, Iuri (1924): «El hecho literario» en VOLEK, Emil (ed.): *Antología del Formalismo Ruso y el Grupo de Bajtín*, Madrid, Fundamentos, 1992, pp. 205-225.
- UNAMUNO, Miguel de (1918): «La hermandad futura» en *Nuevo Mundo*, 5 de julio de 1918, p. 27.
- WILLIAMS, Raymond (1980): «La fracción de Bloomsbury», *Cultura y materialismo*, Buenos Aires, La marca editora, 2012, pp. 181-207.